

ce de conchitas moradas trituradas y apretadas como arena. Si pone uno el pie fuera de la lancha que le ha llevado allá, halla á la izquierda, en el hueco de un barranco, un manantial de agua dulce, fresca y pura; luego torciendo á la derecha, un vericuetto de cabras, pedregoso, rápido, desigual, sombreado por higueras silvestres y acerolos, que baja de las tierras cultivadas á aquella soledad de las olas. Pocos sitios me han sorprendido, me han encantado tanto en mis viages: esa mezcla perfecta de gracia y de fuerza es lo que forma la belleza cabal en la armonía de los elementos como en el ser animado ó pensador. Es aquel misterioso himeneo de la tierra y del mar, sorprendido, por decirlo así, en su union mas íntima y escondida; es aquella imagen de la calma y de la soledad mas inaccesible, al lado de aquel agitado y tumultuoso teatro de las tempestades, al lado del estruendo de sus olas; es una de aquellas numerosas obras maestras de la creacion, que Dios ha sembrado por todas partes como para jugar con los contrastes, pero que casi siempre se complace en esconder en las inaccesibles cumbres de los montes escarpados, en el fondo de los barrancos adonde no se puede bajar, en los mas inabordables escollos del océano, como joyas de la naturaleza, que no descubre sino rara vez á hombres sencillos, á

los pastores, á los pescadores, á los viageros, á los poetas ó á la piadosa contemplacion de los solitarios.

.....

14 de Julio 1832.

A las diez se alza una brisa de oeste; á las tres levantamos el ancla; pronto el cielo y las olas son nuestro único horizonte; — mar esplendente, — movimiento blando y compasado del bergantin, — murmullo de las olas tan regular como la respiracion de un pecho humano. Esa alternacion regular de las olas, del viento en la vela se encuentra en todos los movimientos, en todos los rumores de la naturaleza: ¿será que tambien ella respira? — Sí, sin duda alguna, respira, vive, piensa, sufre y goza, siente, adora á su divino autor. Dios no ha hecho la muerte; la vida es el signo de todas sus obras.

.....

15 de Julio, 1832, en alta mar, á las ocho de la noche.

Hemos visto ir hundiéndose poco á poco en el

horizonte las últimas cimas de los pardos montes de las costas de Francia y de Italia, luego la línea azul, sombría, del mar en el horizonte lo ha sumergido todo; el ojo, en aquel momento en que el horizonte conocido se desvanece, recorre el espacio y el vacío flotante que le rodea, como un infeliz que ha perdido sucesivamente todos los objetos de su amor, de sus hábitos, y que busca en vano donde reposar su corazón.

El cielo llega á ser la grande y única escena de contemplacion; luego la mirada cae sobre ese punto imperceptible perdido en el espacio, sobre ese estrecho buque que es el universo entero para aquellos que lleva en sí.

El maestre está sentado junto al timon; su rostro varonil é impassible, su mirada firme y vigilante, clavada ya en la vitácora para buscar en ella la aguja, ya en la proa para descubrir en ella, entre las jarcias del trinquete, su rumbo al través de las olas; su brazo derecho tendido sobre la barra del timon, é imprimiendo con un movimiento su voluntad á la inmensa mole del buque; todo manifiesta en él la gravedad de su obra, el destino de la nave, la vida de treinta personas girando en su ancha frente y pesando en su robusta mano.

En la delantera del puente, los marineros estan en grupos, sentados, de pie, tendidos so-

bre las tablas de reluciente pino, ó sobre los cables arrollados en vastas espirales, — unos componiendo las velas rasgadas con gruesas agujas de hierro, como doncellas bordando el velo de sus bodas ó la colgadura de su lecho virginal; otros asomados á las barandas, mirando, sin verlas, las olas espumantes, como miramos las piedras de un camino cien veces andado, y echando al viento con indiferencia las bocanadas de humo de sus pipas de barro colorado. Estos dan de beber á las gallinas en sus largos dornajos; aquellos tienen en la mano un puñado de yerba y dan de comer á la cabra cuyos cuernos tienen cogidos con la otra mano; otros juegan con dos hermosos carneros que estan encaramados entre los dos palos en la alta chalupa suspendida; los pobres animales levantan su cabeza inquieta encima de los bordages, y no viendo mas que la ondeante llanura blanqueada por la espuma, balan tristemente recordando el peñasco y el árido musgo de sus montañas.

En la estremidad del buque, horizonte de este mundo flotante, se ve la aguda proa precedida de su mastil de bauprés inclinado sobre el mar; aquel mastil se esgrime delante del buque como el aguijon de un monstruo marino. Los vaivenes del mar, casi insensibles en el centro de gravedad en medio del puente, hacen describir á la proa

oscilaciones lentas y gigantescas; unas veces parece que dirige el rumbo del buque hácia alguna estrella del firmamento; otras que le va á sumergir en algun profundo valle del océano, porque parece que el mar sube y baja sin cesar cuando está uno en la estremidad de un buque que, con su mole y su longitud, multiplica el efecto de aquellas revueltas olas.

Nosotros, separados por el palo mayor de aquella escena de costumbres marítimas, estamos sentados en los bancos de guardia, donde nos paseamos con los oficiales por el puente, mirando declinar el sol y crecer las olas.

En medio de todas aquellas figuras varoniles, severas, pensativas, una niña, el cabello destrenzado y ondeando sobre su vestido blanco, su hermoso rostro rosado, feliz y contento, rodeado de un sombrero de paja de marinero, atado debajo de la barba, juega con el gato blanco del capitan ó con una nidada de palomos de mar, cogidos la víspera, que se echan bajo la cureña de un cañon y á quienes desmigaja el pan de su merienda.

Entre tanto el capitan del buque, con su reloj marino en la mano, y espiondo en silencio en el occidente el segundo preciso en que el disco del sol, refractada su mitad, parece que toca las olas, y flota en ellas un momento antes de su-

mergirse todo entero, levanta la voz y dice: *Señores, la oracion!* Todas las conversaciones cesan, todos los juegos acaban, los marineros tiran al mar su cigarro todavía encendido, se quitan sus gorros griegos de lana roja, los llevan en la mano, y van á arrodillarse entre los dos mástiles. El mas joven de ellos abre el libro de oraciones, y canta el *Ave, maris stella* y las letanías sobre un tono tierno, lastimero y grave, que parece haber sido inspirado en medio del mar y de aquella inquieta melancolía de las últimas horas del dia, en que todos los recuerdos de la tierra, de la choza, del hogar, suben del corazon al pensamiento de aquellos hombres sencillos. Las tinieblas van á bajar nuevamente sobre las olas y á sepultar hasta por la mañana, en su peligrosa oscuridad, el rumbo de los navegantes y las vidas de tantos seres que ya no tienen mas faro que la Providencia, mas asilo que la mano invisible que los sostiene sobre las olas. Si la oracion no hubiera nacido con el hombre, allí, en el mar, es donde hubiera sido inventada, por hombres solos con sus pensamientos y sus flaquezas en presencia del abismo del cielo donde se pierden sus miradas, del abismo de los mares del que los separa una fragil tabla; — al estruendo del océano que ruge, silba, ahulla, brama como las voces de mil alimañas; — á los em-

bates del viento que hace espedir un sonido agudo á cada cuerda, — al acercarse la noche que abulta todos los peligros y multiplica todos los terrores.... Pero la oracion nunca se ha inventado; nació del primer suspiro, de la primera alegría, de la primera pena del corazon humano, ó mas bien, el hombre no nació mas que para la oracion; glorificar á Dios ó implorarle, fué su única mision en la tierra; todo lo demas perece antes que él ó con él; pero el grito de gloria, de admiracion ó de amor que eleva hácia su Criador, pasando sobre la tierra, no perece, antes bien asciende, resuena de edad en edad hasta los oidos de Dios, como el eco de su propia voz, como un reflejo de su magnificencia; es la única cosa completamente divina en el hombre y que este puede exhalar con júbilo y orgullo, porque este orgullo es un homenaje rendido á aquel que es el único que puede tenerle, al ser infinito.

Apenas habiamos revuelto en nuestras mentes estos ú otros semejantes pensamientos, cada cual en nuestro silencio, cuando se alzó un grito de Julia en el bordo del buque que miraba á Oriente: — ¡Un incendio en el mar! un buque ardiendo! Precipitámonos para ver aquel fuego lejano sobre las olas, y con efecto una ancha ascua flotaba en el oriente en el confin del hori-

zonte del mar, y luego, alzándose y redondeándose en pocos minutos, reconocimos la luna llena inflamada por el vapor del viento de oeste, y saliendo lentamente de las olas como un disco de hierro incandescente que el herrero saca del horno con sus tenazas y suspende sobre el agua donde va á apagarle. Del lado opuesto del cielo, el disco del sol que acababa de hundirse, habia dejado en el occidente como un banco de arena de oro, semejante á la playa de alguna tierra desconocida: nuestras miradas pasaban embebecidas de uno á otro bordo entre aquellas dos magnificencias del cielo. Poco á poco las claridades de aquel doble crepúsculo se apagaron; millares de estrellas nacieron sobre nuestras cabezas como para trazar el rumbo á nuestros mástiles que pasaron de una á otra. Mandóse la primera guardia de la noche, quitóse del puente todo lo que podia estorbar la maniobra, y los marineros fueron todos, uno despues de otro, á decir al capitán: ¡Dios guarde á Vm.!

Seguí paseándome un rato en silencio por el puente; luego bajé dando gracias á Dios en mi corazon de haberme permitido ver aquel aspecto desconocido de su naturaleza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ver tu obra bajo todas sus faces, admirar tu magnificencia sobre las montañas ó sobre los mares, adorar y bendecir tu nombre que ningun-

na letra puede contener! Esto es toda la vida! Multiplica la nuestra para multiplicar el amor y la admiracion en nuestros corazones! Luego vuelve la página y haznos leer en otro mundo las maravillas sin fin del libro de tu grandeza y de tu bondad!

.....

16 de Julio, 1832, en alta mar.

Toda la noche y todo el dia hemos tenido una mar hermosa, pero picada. Por la tarde, el viento refresca, se forma la marejada y empieza á rodar pesadamente sobre los costados del buque; — luna espléndida que prolonga torrentes de una blanca y ondeante claridad en los anchos valles líquidos, abiertos entre las grandes olas. Esos flotantes vislumbres de la luna parecen arroyos de agua corriente, cascadas de agua de nieve en el cauce de los verdes valles del Jura ó de la Suiza. El buque baja y sube tardamente cada una de aquellas profundas zanjas: por primera vez, en este viage, oímos las quejas, los gemidos de la madera: las apretadas costillas del bergantin exhalan, bajo el choque de cada oleada, un rumor al que nada puede compararse con mas propiedad que los últimos mugidos de un toro herido por el

hacha y tendido sobre el costado en las convulsiones de la agonía. Aquel rumor mezclado en la noche á los rugidos de cien mil olas, á los gigantes botes del buque, á los crugidos de los mástiles, al silbo de las ráfagas, al polvo de la espuma que lanzan y que se oye llover silbando sobre el puente, á las pisadas rápidas y recias de los hombres de guardia que corren á la faena, á las palabras raras, firmes y breves del oficial que manda, — todo esto forma un conjunto de sonidos significativos y terribles que conmueven muy mas profundamente el alma humana que el estruendo del cañon en el campo de batalla. ¡Es preciso haber asistido á estas escenas para conocer el lado penoso de la vida de los marinos, y para medir uno su propia sensibilidad moral y física!

Así se pasa la noche entera sin sueño. Al rayar el dia, el viento se aplana un poco, cesa la marejada, las olas no se coronan de espuma; todo anuncia un dia hermoso; al trasluz de la bruma colorada del horizonte vemos las altas y largas cordilleras de los montes de Cerdeña. El capitán nos promete un mar sereno y terso como un lago entre esta isla y la Sicilia. Largamos ocho nudos, á veces nueve; á cada cuarto de ho-

\* Un nudo equivale á una milla. — N. del T.

ra, las relucientes costas hácia las que nos impele el viento, se dibujan con mas limpieza; los golfos se abren, los cabos avanzan, las peñas blancas se alzan sobre las olas; las casas, las tierras labradas empiezan á distinguirse en las vertientes de la isla. A mediodia, tocamos á la entrada del golfo de San Pedro, pero en el momento de doblar los escollos que le cierran, estalla en nuestras velas un huracan repentino de viento norte; la marejada ya bastante crecida de la noche pone obstáculo al viento, y se hacina en verdaderos collados movedizos; todo el horizonte es un inmenso campo de espuma; el buque titubea sucesivamente sobre las crestas de todas las olas, luego se precipita casi perpendicularmente en las profundidades que las separan; en vano persistimos en querer buscar un abrigo en el golfo. En el momento en que doblamos el cabo para entrar en él, un viento furioso y silbador como una descarga de flechazos se escapa de cada valle, de cada ensenada de la costa, y tumba el bergantin sobre el costado; apenas hay tiempo para amainar las velas; solo conservamos las velas bajas en que recogemos el viento; el capitan corre al timon; entonces el buque, como un caballo contenido por una mano vigorosa y á quien acortan la rienda, parece como que piafa sobre la espuma del golfo; las

olas pasan ras con ras de nuestro bordo, del lado por donde está inclinado el buque, y todo el costado izquierdo, hasta la quilla, está fuera del agua; así navegamos cosa de veinte minutos, con la esperanza de llegar á la pequeña rada del lugar de san Pedro; ya vemos las viñas y las casitas blancas á un tiro de cañon, pero la tempestad arrecia, el viento nos azota como una bala; nos vemos precisados á ceder y á virar peligrosamente, bajo el mas violento embate de la ventisca. Conseguimos nuestro intento, salimos del golfo mediante la misma maniobra que nos ha lanzado á él, y nos hallamos en alta mar con un temporal horrible. La fatiga de la noche y del dia nos hace desear vivamente un abrigo antes de otra noche que todo nos hace temer como mas borrascosa todavia. El capitan se decide á arrostrarlo todo, hasta el rompimiento de sus mástiles, por hallar un fondadero en la costa de Cerdeña, y cabalmente á pocas leguas del punto en que nos hallamos, el golfo de Palma nos promete uno. Luchamos para entrar en él, contra la misma furia de los vientos que nos ha echado del golfo de San Pedro: al cabo de dos horas de lucha, vencemos y entramos, como un ave marina inclinada sobre sus alas, hasta el fondo del hermoso golfo de Palma. La tempestad no ha cesado; oimos el incesante mugido de la alta mar

á tres leguas detras de nosotros; el viento continua silbando en nuestras jarcias, pero en este estanque rodeado de altas montañas, no puede levantar mas que bocanadas de espuma con que riega y refresca el puente, y enfin, anclamos á unos seis cables <sup>1</sup> de la playa de Cerdeña, en un fondo de yerbas acuáticas, y en una agua mansa y apenas rizada. Deliciosa impresion es la del navegante que ha escapado de la tempestad á fuerza de trabajo y afanes, cuando oye enfin rodar la cadena de hierro del ancla que va á clavar su nave á una ribera hospitalaria. Apenas ha mordido el ancla, los rostros contractados de los marineros se dilatan; se ve que sus pensamientos descansan tambien; bajan á los entrepuentes, van á mudar sus vestidos mojados, pronto vuelven á subir con su ropa de los domingos, y tornan á todos sus apacibles hábitos de su vida en tierra. Ociosos, alegres, locuaces, están sentados, con los brazos cruzados, sobre las barandas del bordage ó fuman tranquilamente sus pipas, mirando con indiferencia los paisages y las casas de la orilla.

<sup>1</sup> Unas 360 brazas.

17 de Julio, 1852.

Anclados en esta serena rada despues de una noche de sueño delicioso, almorzamos sobre cubierta al abrigo de una vela, que nos sirve de tienda; la costa abrasada, pero pintoresca, de la Cerdeña, se estiende delante de nosotros. Una embarcacion armada con dos piezas de artilleria se desprende de la isla de San Antioco, á dos leguas de nosotros, y parece acercarse adonde estamos. Pronto la distinguimos mejor; lleva marinos y soldados, y apenas llega al alcance de la voz, nos pregunta quienes somos, y nos manda ir á tierra; despues de haberlo deliberado, me decido á ir á acompañar al capitan del bergantin, nos armamos con varios fusiles y pistolas para resistir en caso de que quisiesen retenernos por fuerza, y damos la vela en el bote: apenas llegamos junto á la barca sarda que nos precede, saltamos en una playa en el fondo del golfo: aquella playa linda con un lla no inculto y pantanoso. Una arena blanca, grandes cardos, algunos especillos de zábilas, tal cual chaparral de un arbusto de corteza pálida y gris cuya hoja

se parece á la del cedro : nubes de caballos silvestres, paciendo libremente por aquellos matorrales, que vienen galopando á reconocernos y olfatearnos, y luego parten relinchando, como bandadas de cuervos ; á una milla de nosotros, montañas grises peladas, con solo algunas manchas de una vegetacion desmedrada en sus laderas ; un cielo de Africa sobre aquellas cumbres calcinadas ; un vasto silencio sobre todas aquellas campiñas ; el aspecto de desolacion y de soledad que tienen todas las playas de mal aire en la Romaña, en la Calabria, á la vera de las lagunas Pontinas, tal es la escena ; siete ú ocho hombres de hermosa fisonomía, frente elevada, ojo atrevido y agreste, medio desnudos, medio vestidos con girones de uniformes, armados de largas carabinas, y llevando en la otra mano perchas de caña para tomar nuestras cartas ó presentarnos lo que tienen que ofrecernos, tales son los actores. Respondo en napolitano chapurrado á sus preguntas ; les nombro algunos de sus paisanos, de quienes he sido amigo en mi juventud, en Italia ; aquellos hombres se muestran atentos y serviciales despues de haber sido insolentes é imperiosos ; les compro un carnero que descuartizan en la playa. Escribimos, toman nuestras cartas en la raja que han hecho en la punta de una larga caña ; echan yescas,

arrancan algunas ramas verdes de los arbustos que cubren la costa, encienden una hoguera, y pasan nuestras cartas, empapadas en agua de mar, por el humo de aquella hoguera, antes de tocarlas. — Nos prometen disparar un tiro al anochecer para avisarnos que volvamos á la costa cuando estén listas nuestras demas provisiones de verduras y agua dulce. — Luego, sacando de sus habitaciones un inmenso canasto de conchas, *frutti di mare*, nos las ofrecen, sin querer aceptar ninguna retribucion.

Volvemos á bordo : — horas de solaz y de deliciosas contemplaciones, pasadas en la popa del buque anclado, mientras todavía brama la tempestad en las puntas de los dos cabos que nos cubren, y miramos la espuma de la alta mar elevarse á una altura de treinta ó cuarenta pies por las doradas vertientes de aquellos cabos.

.....

18 de Julio, 1832.

Salimos del golfo de Palma con una mar tersa como un espejo ; — leve sopló de oeste, suficiente apenas para secar el rocío de la noche que brilla sobre las recortadas ramas de los lentis-



cos, única verdura de aquellas costas, ya africanas; — en alta mar, día silencioso, blanda brisa que nos hace largar seis ó siete nudos por hora; — hermosa tarde; — noche esplendente; — la mar duerme tambien.



19 de Julio, 1832.

Nos despertamos á 25 leguas de la costa de Africa. Repaso la historia de san Luis para recordar las circunstancias de su muerte en la playa de Tunez, junto al cabo de Cartago, que debemos ver esta tarde ó mañana.

Yo no sabia en mi juventud porqué ciertos pueblos me inspiraban una antipatia, por decirlo así, innata, al paso que otros me atraian involuntariamente y me embelesaban con su historia. — Sucediame con esas vanas sombras de lo pasado, con esas memorias muertas de las naciones, exactamente lo que experimento con irresistible imperio en pro ó en contra de las fisonomías de los hombres con quienes vivo ó paso. — Yo amo ó aborrezco en la acepcion física de la palabra; á primera vista, de una sola ojeada, juzgo á un hombre ó á una muger para siempre.

— La razon, la reflexion, la violencia misma, intentadas muchas veces por mí contra esas primeras impresiones, de nada sirven. — Cuando el bronce ha recibido su estampa del volante, por mas vueltas y revueltas que se le den entre los dedos, la conserva; — lo mismo le sucede á mi alma; — lo mismo á mi entendimiento; — cualidad propia de aquellos seres en quienes el instinto es pronto, fuerte, instantáneo, inflexible. Uno se pregunta á sí mismo: — ¿Qué es el instinto? y reconoce que es la razon suprema, pero la razon innata, la razon no razonada, la razon tal cual la ha hecho Dios y no tal cual la halla el hombre. — Nos hiere como el relámpago, sin que el ojo tenga el trabajo de buscarla. — Todo lo ilumina del primer arranque. — La inspiracion en todas las artes, como en un campo de batalla, es tambien ese instinto, esa razon adivinada. El genio tambien es instinto y no lógica y afan. Cuanto mas se reflexiona, mas se reconoce que el hombre no posee nada grande y bello que le pertenezca, que provenga de su fuerza ó de su voluntad, y que todo lo que tiene soberanamente bello viene inmediatamente de la naturaleza y de Dios. — El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde el primer día. — Los primeros apóstoles sintieron en sí aquella accion inmediata de la Divinidad y es-